

**Nombre de la obra : EL CONSULTORIO**

**Autora: DAFNE ANAHI CHILAVERT**

**PUERTO TIROL "Chaco"**

**categoría: SUB 15**

### **EL CONSULTORIO**

Una fría mañana de otoño, Andrés se levantó adormecido y perturbado por la pesadilla que había arruinado su descanso nocturno. Como era habitual, se dio una larga ducha tibia, desayunó algo liviano y se fue a trabajar. Aunque fuera común para él no poder dormir a causa de las molestias, cuando llegó al trabajo, no pudo evitar pensar en aquella pesadilla.

Siempre le decían que ser psicólogo no debía ser fácil, que seguro algunos de sus pacientes lo abrumaban con sus problemas y se sorprendían de que llevara más de 8 años ejerciendo la profesión, y pensó que quizás lo que había sucedido fue a causa de las declaraciones de sus pacientes, pero luego recordó que en esos casos, su respuesta siempre era la misma: "Cuando uno intenta evadir sus problemas por un momento, es ahí cuando puede ayudar a los demás con los suyos. Ya vas a tener tiempo para arreglar los propios". Cada tanto llegaban pacientes nuevos y, aunque en general siempre eran los mismos 10, Andrés jamás se cansaba de "ayudar" de alguna forma a quienes acudían a él.

Esa mañana era oscura, nublada y fría, sin mencionar que había una neblina que hacía casi imposible caminar por las calles. Supuso que nadie iría al consultorio. Luego de unas horas, cuando ya le restaban sólo quince minutos más de trabajo, se resignó a que nadie llegaría y colocó un cartel afuera de la oficina con la leyenda: "No estoy atendiendo", con el fin de que quienes pasaran por ahí, simplemente se fueran; poniéndose a sí mismo la excusa de que estaba cansado porque no había dormido bien.

Diez minutos más tarde, cuando se encontraba en la parte de atrás, mientras se preparaba para irse, oyó un golpe en la entrada al consultorio, así que corrió apurado, pensando que estaban intentando robarle. Cuando llegó, lo primero que vio fue a un hombre alto y delgado, vestido completamente de negro, con su cabello y cuerpo algo descuidado. Se hallaba apoyado en una mesa, con la vista hacia afuera del lugar y, a juzgar por su apariencia parecía ser otra víctima de la depresión y de los vicios. Aunque Andrés no había hecho un sólo ruido

al llegar, el hombre volteó, como si lo hubiera escuchado venir y, con una sonrisa algo forzada y un tono bastante perturbador, dijo:

—Buenos días. Disculpe el atrevimiento, pero necesitaba charlar con usted.

—Ehh sí, claro, buenos días —le dijo Andrés, asombrado y, a decir verdad, un poco asustado por esa transformación instantánea en su rostro—. Adelante, pase —lo invitó.

Como si nada hubiera sucedido, el hombre entró, dejando un rastro de ceniza detrás de él con lo cual claramente preocupó aún más al joven que no lograba entender lo que estaba sucediendo. Y cuando Andrés pudo salir de su desconcierto y pensó en ofrecerle un asiento, el hombre dijo:

—Me voy a sentar, antes de que me lo pidas —y procedió a sentarse, dejando atónito al joven.

Aunque se sentía muy confundido por la extraña forma de actuar del hombre, el joven decidió sentarse también y le preguntó su nombre y qué necesitaba.

—Soy alguien que conocés; alguien que ya vino varias veces. Vas a creer que soy muy cruel porque cada vez que vengo me llevo a alguien conmigo para no traerlo nunca jamás. Soy alguien a quien mucha gente teme, aunque hay personas que me esperan con ansias y detestan a una amiga mía, que la tenés vos y todos los seres humanos. Soy eso que no vas a querer escuchar que va a pasar. Pero era necesario que viniera a advertirte que también te voy a llevar a vos.

—Eh eh ss-sos, ¿la m-muerte? —tartamudeó Andrés, apenas con algo de aliento.

—Exacto, y vas a venir conmigo —dijo la muerte.

Aún después de un par de minutos, el joven no podía formular palabra. No podía creer que estuviera frente a él, alguien tan despiadado como lo era ella. Y cuando por fin pudo pensar, cayó en la cuenta de que realmente venía a buscarlo, y recordó la pesadilla que había tenido la noche anterior, en la que sucedía algo similar, con la diferencia de que él le rogaba que lo dejara quedarse. Imaginó que su pesadilla había podido significar algo más, así que decidió decírselo. Pero, como era de esperar, la muerte se le adelantó y dijo:

—No te preocupes, no te voy a llevar todavía, si no quieres. Pero entonces, deberás darme algo a cambio. Una persona. Un alma. Si lo haces bien, no te llevaré.

Y antes de que Andrés pudiese responder, ella desapareció, envuelta en humo negro y gris, dejándolo solo, como lo había estado hace apenas 5 minutos. Esa noche, volvió a soñar con ella, sólo que ya no venía a buscarlo a él, sino a Julián, uno de sus pacientes. Cuando despertó, lo comprendió, si le entregaba esa vida, ya no se llevaría la suya.

Cuando tuvo oportunidad de reunirse con Julián, esperó paciente. Contestaba sus preguntas de manera habitual, e intentaba simular que lo ayudaría. Diez minutos antes de que la cita culminara, Andrés le invitó a su compañero con una taza de té, para que la disfrutara como quisiera antes de volver a casa. Lo que Julián no sabía era que esa sería la última taza que bebería en toda su vida; que estaba a punto de acabarse. Luego de que el cuerpo de su paciente cayera al suelo, ella volvió a aparecer.

—Hice lo que me pediste —dijo Andrés.

—¡No fue esto lo que te pedí que hicieras! —respondió la muerte—. ¿Cuándo te dije yo, que lo mataras?

—P-pero, mi sueño, yo pensé que... — y antes de que pudiera terminar de hablar, la muerte lo interrumpió:

—¿Acaso soñaste que le dabas una taza de té con veneno dentro suyo? ¡Claro que no! Él tenía depresión, sólo tenías que dejar de ayudarlo, y yo vendría a buscarlo. ¡Jamás te dije que lo mataras!

Al escuchar esto, Andrés se desplomó en el suelo, pidiendo que lo perdonara.

—Ya es muy tarde. Y las reglas fueron claras. Si lo hacías bien, te quedabas. Pero te equivocaste —dijo ella, con un tono algo extraño.

Y como el joven continuaba echado en el suelo, rogándole, ella lo tomó de la mano y se los llevó a ambos, a un lugar del que jamás podrían salir.

Antes de irse, colocó un cartel en la puerta del consultorio donde se podía leer:

“Dos de mis víctimas caducaron aquí, ya me las llevé al más allá. Vuelva pronto. No estoy atendiendo”.

*Dafne Chilavert*

